

“Pepe, el de la Huerta”

Lo recuerdo pasando por la "cancela". Encima pone "Huerta de San José", las palmeras al fondo, el camino embarrado y él con varios manojos de rabanillas recién lavadas, chorreando agua.

O quitando la verdina a la alberca, en la que aprendimos a nadar casi todos/as los niños/as de La Campana, cuando en nuestro pueblo no nos hubiéramos podido imaginar una piscina como la que hoy existe.

Era un hombre adelantado a su tiempo. Tenía una inteligencia natural, que le hacía comprender muchas cosas de la Tierra y de la atmósfera, a pesar de ser casi analfabeto, como la mayoría de las personas de su edad. En su época no se iba al Colegio, y menos el único hijo en una familia de niñas y faltándole su madre desde los ocho años. Aprendió solo a leer y a escribir cuando tuvo necesidad en la mili y luego en la guerra; y aunque a su novia le costaba un poco de trabajo "descifrar" las cartas, no necesitaron recurrir a terceras personas.

Le gustaba el trabajo bien hecho; y disfrutaba preparando la tierra y recogiendo sus frutos.

No era nada machista; le gustaba hacer el gazpacho, la ensalada, encender la candela, preparar el café, hacer tostadas para todos...

Se preocupó de que ninguno de sus hijos faltara al Colegio, y estaba orgulloso de todos ellos. Su segunda hija le dio una de las mayores satisfacciones de su vida. Ella, que

hoy tiene 62 años, fue la primera niña pobre que estudió una carrera en este pueblo. (Perdona hermana por citar tu edad).

Imaginó como sería la Huerta en el futuro; le habría



gustado ve el barrio tan bonito que se ha formado. Y sobre todo, las casas tan fantásticas que tiene hoy todo el mundo en su pueblo.

Era solidario por naturaleza. No le costaba ningún trabajo coger el saco mojado en cuanto las campanas anunciaban el fuego. Volvía sucio y sudoroso, pero contento con el deber cumplido.

Iba a todos los entierros. Lo mismo ofrecía su brazo generoso para llevar la caja al Cementerio, que para llevar al Señor de la Humildad el Miércoles Santo.

Cuando recordaba los tristes acontecimientos que ocurrieron en España, y en nuestro pueblo en particular, intentaba ser objetivo y lo hacía con pena, pero sin ira. No quería que el rencor anidara en el corazón de sus

hijos.

Cuando compraba o vendía, su palabra valía más que un contrato firmado por un notario.

No lo ví desesperarse nunca; cuando las cosechas venían malas o se moría algún animal, pensaba que ya vendrían tiempos mejores. Sólo lo ví llorar una vez, el día 28 de agosto de 1958, cuando murió su querido padre.

Le gustaba un rato de conversación, más que comer caliente.

Sabía escuchar y dar buenos consejos.

Trataba a los animales casi como a personas.

Podría llenar hojas y hojas contando cosas de él pero no quiero cansar.

Solamente por si alguno de vosotros no le conoció, os diré como era físicamente.

Era de cuerpo no muy alto, ni gordo ni delgado, no muy preocupado por su apariencia física.

Siempre le conocí con poco pelo.

Su cara era redonda, sus ojos claros de mirada franca, siempre miraban de frente.

Sus manos, curtidas del duro trabajo, pero prestas a la caricia.

De su boca no escuché salir un insulto hacia nadie.

Y su sonrisa...

Aquella sonrisa que ni el cáncer más cruel fue capaz de borrar de su cara.

Treinta y cinco años que vivo sin ella, y no he podido acostumbrarme a su ausencia.